

Depresión y aptitud para conducir

La depresión es un término que con frecuencia usamos para definir un bajo estado de ánimo.

Los médicos preferimos hablar de trastornos depresivos, ya que esta enfermedad y sus distintas modalidades suponen un complejo conjunto de síntomas y manifestaciones clínicas, centradas en la alteración persistente del estado de ánimo (o del humor). Coloquialmente podemos decir que estamos deprimidos —desanimados— por reacción normal frente a una dificultad. Sin embargo, la persona con un trastorno depresivo desarrolla un cuadro de gran intensidad (incluso sin existencia de problemas) que le provoca una alteración patológica mantenida de su estado de ánimo (falta de interés por cualquier actividad, visión pesimista de cuanto le rodea, etc.), de su conducta (desinterés por todo, nada le gusta, todo le es indiferente), rendimiento cognitivo (enlentecimiento) y regulación biológica del propio organismo. Hoy se considera que estos trastornos producen discapacidades funcionales (es decir, de su propia vida) tan severas como las enfermedades más crónicas e invalidantes.

Alrededor del 5 por 100 de la población adulta presenta actualmente un trastorno depresivo; y a lo largo de la vida los sufrirá un 17 por 100, mucho más habitualmente las mujeres (21 por 100) que los varones (12 por 100).

Tiene gran relevancia que la mayoría de las personas que padece un trastorno depresivo no lo consulta al médico. Así, sólo dos de cada diez personas consulta a su médico por sentirse deprimidos, y menos del 5 por 100 lo hace con su psiquiatra. Uno de los grandes problemas de los trastornos depresivos es que en la mayoría de los casos ni se diagnostican ni, por tanto, se tratan. Esto implica un gran sufrimiento —innecesario— para estas personas, las que las rodean y la sociedad en general.

DR. J. C. GONZÁLEZ LÚQUE, DIRECCIÓN GRAL. DE TRÁFICO
DR. E. JAVIER ÁLVAREZ, UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Un 5 por 100 de la población adulta sufre algún trastorno depresivo, una enfermedad que en muchos casos no se diagnostica e invalida para actividades como conducir vehículos. Estos enfermos, sin adecuado control médico, no están en condiciones óptimas para realizar una conducción segura de vehículos, y deben extremar las medidas de precaución cuando conducen.

Además, las personas con trastornos depresivos no controlados consultan hasta tres veces más por diversos otros problemas médicos que aquellas que no los padecen.

Los trastornos depresivos pueden diagnosticarse y tratarse fácilmente. Hoy, la práctica totalidad de estos pacientes pueden controlarse con psicoterapia y tratamiento con psicofármacos. Afortunadamente, la imagen de enfermedad fatal e incurable va desapareciendo de la memoria colectiva.

Los fármacos empleados en el tratamiento de la depresión se denominan antidepresivos. Se introdujeron en los años 50 y supusieron una revolución en la psiquiatría y la medicina. Su efecto, por las peculiares características de la depre-

sión y de estos fármacos, no comienza a ser evidente hasta pasadas varias semanas, y deben tomarse durante varios meses, dependiendo del cuadro que presente el paciente. La psicoterapia y que los familiares "comprendan" qué la depresión supone y actúen consecuentemente son aspectos fundamentales del tratamiento.

Los médicos disponen en la actualidad de gran cantidad de fármacos antidepresivos. Su eficacia clínica es similar y las diferencias se hallan en el coste del tratamiento y el perfil de efectos adversos. Por un lado están los más antiguos, muy baratos, pero en general muy sedantes. Los del segundo grupo son mucho más caros (de 5 a 10 veces), pero más "limpios" (pocas interacciones con otros fármacos y alcohol, y casi sin efectos sedantes). Hoy, sin la menor duda, debe utilizarse este segundo grupo de fármacos en todas las personas con trastornos depresivos que, por su actividad cotidiana (intelectual, laboral, conducción de vehículos, etc.), tengan un elevado riesgo de accidentalidad o de cometer errores "graves" durante ella. La discusión entre el ahorro en farmacia y el uso de fármacos más seguros pero más caros se ha producido en varios países de nuestro entorno, ganando la batalla final la seguridad frente al coste económico.

Las personas con depresión deben consultar con su médico este problema e indicarle la actividad que realizan y si conducen vehículos. Deben saber que, tras cierto tiempo, saldrán de la crisis. Durante ese tiempo, la propia enfermedad y las limitaciones que impone al paciente, junto a los fármacos que se le prescriben, hacen que deba extremar la precaución frente a toda actividad que requiera un elevado nivel de alerta (como conducir vehículos). Las personas que conviven con estos pacientes deben procurar entender cómo se sienten y apoyarlos, y procurar que no conduzcan durante las fases de mayor intensidad. ♦

